



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 20. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Mayo 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Valmaseda.—*Trajes y adornos de novedad*: Túnica-princesa adornada con plegados y lazos.—Túnica-princesa guarnecida con flecos.—Túnica de tela á cuadros.—Túnica recogida en los costados.—Fichú de encaje y tul.—Velo para sombrero.—Limosnera de encaje de lana.—Abrigo para niño.—Abrigo de tela á cuadros para niña.—Manteleta-dolman para señora.—Cuello y puño bordados.—Cuello y puño guarnecidos de encaje.—Pasamanería sobre tul para adornar vestidos.—Cuarta parte de un almohadon.—Encaje de lana para trajes.—Tapete de canamazo Java.—Mantel para té.—Diferentes flecos.—Lambrequin bordado en colores pa-

ra muebles.—Caja para herramientas.—Pintura en maderas.—LITERATURA: La Romería de San Isidro, por Alberto Díaz de la Quintana.—La violeta, poesía, por Gerardo Couder.—Balada, por Ernesto y Ladevese.—Recuerdos del campo, poesía, por Carolina Pérez.—Bibliografía, por R. Medina.—El puente Mayor de Valladolid, por Eduarda Feijó de Mendoza.—Diana la vengativa, por José María Cuenca.—Revista semanal, por Alberto Díaz de la Quintana.—A las damas españolas, por Emilia.—Secretos útiles.—Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. CUARTA PARTE DE ALMOHADON.

Puede servir este dibujo para almohadon de sofá ó para cubierta de pouf, cuadrado y bullonado de raso, haciéndose el bordado sobre paño y colocándole contrariadas las puntas con las del pouf, y unas y otras adornadas de borlas. El bordado se ejecuta sobre cachemir ó paño, con aplicaciones de otro color: sobre azul, con las aplicaciones naranja y colocado sobre pouf de raso gris, sería de un efecto encantador. Las aplicaciones están hechas á la máquina, con seda del color del fondo.

2 Y 3. PASAMANERÍA SOBRE TUL.

Con el tul grueso blanco ó negro, y cordon ó trenchilla en su mismo color, se obtienen estas pasamanerías, muy á propósito para guarnecer túnicas de telas de verano, y hechas en negro para trajes de seda.

4 A 8. LIMOSNERA DE ENCAJE DE LANA.

El número 4 es una

muestra de encaje de lana para adorno de vestidos, cuya ejecución aparece clara en los números 5, 6 y 7, y la limosnera núm. 8 muestra otra aplicación de este mismo encaje, cuyo dibujo hallarán nuestras lectoras en el pliego de patrones por el derecho. Su estilo es el del encaje irlandés, y en Inglaterra se conoce con el nombre de encaje Schetland. Para ejecutarse se emplea lana, seda ó hilo crudo, y se ejecuta sobre papel de color, en el cual está marcado el dibujo: empíezase por hacer los contornos á punto de cadeneta con aguja de coser ó de gancho, atravesando el papel sin desgarrarle, como la tela en los bordados antiguos al tambor: los centros de las hojas se llenan después de calados que presentan con exactitud los números 5 y 6, y los cuales no se ejecutan sino después de hechos los contornos sujetos al papel: ahora sólo resta unir las partes separadas del dibujo por cordoncillos

y molinetes, después de lo cual se arranca con cuidado el papel, dejando al aire un encaje bellísimo. De esta misma clase de trabajo es la limosnera núm. 8, cuyo dibujo va minuciosamente presentado en el pliego de patrones.

9 Y 24. FICHÚ DE TUL Y ENCAJE.

El fondo de tul va guarnecido por el entredos núm. 24, que puede bordarse sobre tul crema con seda blanca, ó hacer del mismo tul crema el fondo y bordar en él el entredos: una guarnición de 6 cent. de encaje crema y lazo azul ó rosa terminan el fichú.

10 Y 25. VELO PARA SOMBRERO.

Tiene 110 cent. de largo por 30 á 32 de ancho, y se hace en tul de seda crema, nesgando las puntas, que se prenden por detrás: un doblez sujeto por el bordado núm. 25 con seda blanca, completan el velo.

11 A 14. TÚNICAS.

11 y 12. Túnica Princesa.—(Patrón en el pliego por el dere-

cho número VI, figura 32.) Esta túnica, sencilla y elegante, lleva un doble pliegue interior en el centro del talle para dar vuelo á la falda, y puede ser de diferentes telas y adornos. El núm. 11 la muestra de oxford rayado con plegados de lo mismo y lazos de uno de los dos colores, y la núm. 12 de cachemirina de un color, con volante de lo mismo, flecos y lazos de otro tono.

13. Túnica recogida por detrás.—(Patrón, el de la anterior.) Sobre una falda de seda lisa, con plegados en el bajo coup de vent, va una túnica

deba-rege seda y lana á cuadros, abotonada por detrás en todo su largo, y recogida del centro de atrás con un lazo del color de las rayas, que se repite en las mangas: la parte del revés que muestra el recogido, va forrada de seda.

2. Pasamanería sobre tul.

1 Cuarta parte de almohadon.

3. Pasamanería sobre tul.

14. *Túnica recogida de los costados.*—(Patron el de las anteriores.) Falda lisa de sedalina gris hierro, y túnica de cachemir gris claro, con biés de seda alrededor, abotonada por detrás y recogida de los dos lados con desigualdad para que una punta resulte más larga. Limosnera adornada de lazos. Este modelo y el anterior no llevan tabla interior en el talle, sino la túnica enteramente ceñida.

15 y 16. FLECOS ANUDADOS.

Ya en otros números hemos presentado muestras de este género de flecos, con detalles separados para la ejecución. Los que hoy ofrecemos están hechos con cordoncillo fino ó hilo grueso, pudiendo reemplazar el pié tejido por una cintita labrada ó pequeña trencilla, á la que se anudan sólidamente todos los cabos ántes de empezar á tejer con ellos el fleco.

17 á 21. MANTELERÍAS PARA TÉ.

17 á 19. *Mantelería ó tapete.*—El dibujo y explicación van minuciosamente detallados en el pliego de dibujos; pero, sin embargo, indicamos que se borde en cañamazo Java, á punto cruzado, como indica el núm. 19, y el fleco se anuda con hilos sacados en el cañamazo, y por el modelo núm. 17, con unas hebras añadidas del color del bordado.

20 y 21. *Tapete de cañamazo Java.*—(Materiales: cañamazo Java, algodón y torzal de color.)—La linda cenefa representada en el núm. 21, está ejecutada con marrón ó con color crudo sobre blanco, y á punto que no tiene revés ni derecho. El núm. 20 indica claramente la disposición del ángulo para no interrumpir el dibujo, y en éste las puntadas que dejan vacíos por una de las dos caras, se llenan en la segunda vuelta. La cenefa que forma cruces y las estrechas de picos, se hacen con algodón y algunos accesorios en unas y otras, que marca con distinto tono el dibujo, se ejecutan con torzal. El fleco es una copia del de las toallas ofrecidas en el mes de Marzo próximo pasado.

22 y 23. ABRIGO PARA NIÑOS.

Este abrigo es una esclavina doble que se corta sobre un patron cualquiera de esclavina y de dimensiones adecuadas á la estatura de la niña: la segunda esclavina, 20 centímetros más corta que la primera, va recogida del centro, como muestra el dibujo, y ambas rematadas del escote por un cuellecito alto. Uno de estos abrigos le presenta el modelo de cachemir negro con fleco de seda, y el otro de tela de cuadros con galones de lana.

26 á 29. CUELLOS Y PUÑOS DE MODA.

(Contornos del bordado para los núms. 26 y 27: pliego por el revés, fig. 75.)

Aunque su forma no ofrezca novedad, son unos modelos deliciosos y cómodos para viaje y campo. Se hacen en tela de color, bordados á cadeneta. los núms. 26 y 27, y los núms. 28 y 29 guarnecidos con tiras bordadas y puntillas fruncidas. La corbata es de cinta de gasa, última novedad.

30. LAMBREQUIN BORDADO.

Pueden adornarse con él los muebles y objetos que se quiera. El modelo es de raso negro, bordado á punto atrás con seda encarnada de dos tonos. La cenefa es de paño blanco, picada por ambos lados, adornada con gruesos nudos y bordada á punto de perfil con seda encarnada y azul.

31 y 32. CAJA PARA HERRAMIENTAS.—Pintura en madera.

(Contorno del arabesco: pliego del 18 por el revés, figura 70.)

El grabado 32 muestra la parte interior de la caja, y la fig. 76 del pliego el contorno del arabesco que realza cada ángulo de la tapa, adornada además con pintura silueta, cuya ejecución hemos explicado tantas veces á nuestras lectoras.

33 y 34. MANTELETA-DOLMAN.

El patron de este gracioso abrigo se halla en el pliego del 18 por el revés, núm. IX, fig. 39 á 40a, en donde se da también su explicación.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administración, para recibirla franca de porte.



LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

Niña de azules ojos,
De tez hermosa,
Tan bella y delicada
Como tú sola;
Vé á la pradera,
Y alegra sus contornos
Con tu presencia.

Ten en cuenta ¡ Consuelo!
Que en este día
De San Isidro, alegras
La Romería;
Y si tú faltas,
¡La tristeza reinando
Placer quebranta!

Un corro de mozos apuestos, gallardos cual los de Madrid, entonaban alegres estas seguidillas, mezclando su canto con los arpeados de las guitarras y bandurrias, *síntomas inequívocos* de una alegría tan sencilla como pura y cristiana. En efecto, de tempranas horas ya se encontraban en la pradera, nombrada de San Isidro, gentes de todas clases y matices, y entre ellas varios alegres jóvenes, después de visitar la capilla y discurrir un buen rato por la pradera recordando alegres la dulce poesía que la vida con la naturaleza encierra, se reunieron, y en unísono canto entonaron el ya expresado, entre el clamoreo de los que, quizá envidiosos de *tales años*, lo escuchaban.

Y en aquel corro se propuso un turno para cantar; proposición que fué unánimemente admitida. Tocó la vez á un joven de figura distinguida, fisonomía agradable, modales graciosos y desenvueltos, en fin, lo que se llama *un guapo chico*, y con voz dulce y sonora dejó escapar de sus labios una cortá inspirada canción, que fué aplaudida con todo el entusiasmo factible á la edad de sus compañeros. Dijo:

Si el viento gime, y perlas
Lloran las flores,
Si escuchas tras la reja
Tristes canciones,
Ve en esas perlas
Lágrimas que da el alma
De amores llenas!

Su acento aún no se había apagado, cuando un joven moreno, de negros ojos y de musculosa configuración, entonó el siguiente:

Si el cielo tiene ángeles,
También la tierra;
Por eso los adoro
Yo con fe ciega;
Porque comprendo,
Que el que no tiene un ángel,
Se irá al infierno.

Y yo espectador de este sonriente cuadro, del que agradablemente impresionado me alejé, corrí en busca de nuevas sensaciones para gozar de la tradicional *romería* que de tan pocos deja de ser visitada.

Por todas partes se dejaba notar la alegría más pura é inocente: ya una madre que con su pequeño niño de la mano caminaba poco ménos que tirando del que, halagado por miles de juguetes, distraído, ni aún sabía en dónde estaba; ora la bella joven, luciendo la sencillez de sus gracias en el modesto atavío de la mañana, que tanto realza su hermosura; ya el joven imberbe, cual indiscreta mariposa, dispuesto á quemarse en los primeros resplandores de unos bellos ojos que á su paso encuentre; en fin, todo el mundo, lo mismo el aristócrata que el menestral, el empleado que el jornalero, el niño que el anciano, confundidos en bello desorden, pululan por la *romería* tan deseada, objeto de tantos infantiles afanes; descansados, placenteros, llenos de envidiable satisfacción.

En este día no hay jerarquías, no hay distinción de clases; todos se confunden, todos se quieren, todos se miran con *buenos ojos*; y por todos lados sólo se escuchan multitud de voces, pregonadoras de pequeñas industrias, que alegran al corazón, cansado de una vida de corte tan ingrata como adulterada. Y una rosquilla de la *tía Javiera* nos sabe mejor que el más suntuoso plato

que en las mesas de nuestra moderna Babilonia se presentan; y un santito de barro lleno de chillonas pinceladas, hace las delicias de la mimada niña, que tanto preciosos juguetes posee escondidos en los armarios de su cuartito de recreo; y el marqués, el diplomático, el alto funcionario, los personajes, en fin, más encopetados ostentan engalanados silbatos, que pregonan la voz de *¡Caprichitos del Santo cuando era niño!* y más tarde, llenos de felicidad, apuran la *bota* cual si acostumbrados estuvieran á *echar estas canas*... ¡Hay cosa que demuestre mayor felicidad? ¡Hay acto que simbolice de mejor manera el bello corazón de los hijos de España?

Y cuando ya de vuelta, el uno en su lujoso carruaje, el otro en el modesto vehículo que por módica cantidad le traslada á la corte de que vino; el otro, adorador de la higiene, á *patita y andando*, regresan de la *romería*, todos á una voz exclaman: *¡Qué lástima!* *¡Si todos los días fueran como éste!*...

Es notorio y de innegable verdad, que
El hombre es y será, mal que le cuadre,
Hijo de la natura creadora;
Y el hijo que desprecia hoy á su madre,
Su ingratitud de ayer, mañana llora.

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA.

LA VIOLETA.

(TRADUCCION LIBRE DEL FRANCES.)

Hija de la Primavera,
Del bosque tímida amante,
Tu perfume tan fragante
Lleva el aura placentera.

Aspiro tu grato olor,
Que mis sentidos halaga;
Pero ¡ay! que por más que haga,
No vislumbro tu color.

Cual bienhechora discreta,
Que es de los pobres egida,
Tú me haces el bien, querida,
Y te ocultas, violeta.

Sola, sin admiradores,
Vives oscura, olvidada,
Y te busca mi mirada
Aunque aspiro tus olores.

Y bajo los piés ingratos
De orgulloso caminante,
Sin defensa á cada instante,
Pierdes tus colores gratos.

¡Así perece á menudo
La virtud y la inocencia,
Bajo cínica insolencia,
Y del vicio al golpe rudo!

¡Por qué, dime, tus colores
No te atreves á mostrar?
¿Crees que te ha de eclipsar
La flor, reina de las flores?

¡Ánimate! que aún ahora
Sabe agradar todavía
La aldeana; se ama el día
Y la tibia luz de Aurora.

Deja esa triste mansión:
Ven, y vive en los jardines,
Do al lado de los jazmines
Alegres mi corazón.

Entonces, por la mañana,
Te prometo un agua pura
Que acreciente tu hermosura,
Y te haga crecer lozana.

¡Qué digo!... Quédate, flor,
En este valle escondida;
¡Feliz quien, cual tú, querida,
Hace bien por el amor
De Dios, y oculta su vida!

GERARDO COUDER.

Ávila 1.º de Mayo 1876.

Cuando á la agreste playa me encamino,
á mi espalda dejando la ciudad,
¡por qué de mi memoria se desprende
cuanto quedó detrás?

Cuando lento regreso hácia el poblado
donde dicha y amor me esperan ya,
¡por qué mis pensamientos
se vuelven hácia el mar?

E. G. LADEVESE.

1875.

RECUERDOS DEL CAMPO

dedicados á mi querida amiga

LA SEÑORITA JUANA AGENJO.

Ven pronto, niña, á mi lado;
 Despacio te quiero hablar
 De este delicioso prado
 Que rodea á mi lugar.
 Tiene una alfombra divina,
 De bellísimos colores:
 Aquí está la clavellina
 Entre blanquitas flores;
 Allí el gracioso tomillo
 Enlazado con la rosa;
 Ve á la alegre mariposa
 Posada sobre un junquillo.
 Ya vuela al espacio azul,
 Ya torna otra vez al suelo,
 Sus alas son albo tul
 Salpicadas de espejuelo.
 Los lirios con sus corolas
 Amarillas y celestes,
 Crecen con las amapolas
 En estos valles agrestes.
 Mezclados con las canciones
 De inocentes pastorcillos,
 Se escuchan los esquilonos
 De los mansos corderillos.
 Todo es hermoso, ¿verdad?
 Los valles, peñas y flor;
 Pero son más bellos, Juana,
 Los encantos del amor.

Almadén 20 de Marzo de 1876. CAROLINA PEREZ.

BIBLIOGRAFIA.

Nuestro distinguido amigo el joven literato D. Luciano García del Real, ha publicado en Barcelona una preciosa novela que ha alcanzado el éxito más lisonjero.

Para que nuestros lectores formen una idea del mérito de esta obra, transcribimos el siguiente juicio crítico, tomado de *La Crónica de Cataluña*:

AURORA Y FÉLIX,

novela

POR DON LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

(Eusebio Riera, editor.) (1)

Llega el caso de participar á nuestros lectores la impresión producida por la lectura de una obra que se ha impreso ya dos veces en Barcelona en breve espacio de tiempo. Aunque tenemos que concretar mucho el pensamiento, no dejará de significarse el juicio con la exactitud necesaria.

Desde las primeras páginas revela una imaginación verdaderamente creadora, una inteligencia cuya elevación no decae en ninguna escena, en ningún antecedente, y un conocimiento profundo del corazón humano. La acción es por extremo sencilla, y sin embargo presenta caracteres notables y tal variedad de matices, con la lucha incesante de pasiones avasalladoras, donde campea un sentimiento cuya riqueza se difunde de lo patético á lo cómico y viceversa, con transiciones siempre naturales que, subyugando el ánimo del lector, le hacen amigo de los héroes que le presenta el novelista, afirmando los lazos de su afecto á medida del interés con que el cuadro se desenvuelve.

Es muy difícil subordinar la idealidad artística á que debe aspirar el ingenio mateniéndola dentro de los límites de la verdad, sin salir de la esfera del mundo; es muy difícil alcanzar la realidad ideal, llamémosla así, obteniendo con las formas literarias lo que Velázquez lograba con el pincel.

Vencida esa dificultad en *Aurora y Félix*, hé ahí el mérito principal de la pluma que ha legado sus páginas á la literatura patria.

Aquel joven protagonista, cuya hidalguía de sentimientos sólo puede compararse á la elevación de sus miras, cuyo valor en las luchas del corazón y del mundo, llega á ofrecer los rasgos más brillantes del heroísmo, desheredado de la fortuna, que resiste á sus halagos más preciados, espléndido en su pobreza y altivo en su humildad: aquella dama de espíritu superior, que no vacila en deponer todo el orgullo que simbolizan su grandeza de España y su ducal corona para acercarse á él, para dulcificar las amarguras de su gran corazón, enalteciendo su genio oscurecido para convertirse, en fin, en la enamorada y sublime *Aurora*, son figuras, cuyas extraordinarias proporciones parecen trazadas más bien sobre el marco grandioso de un poema, que en el sencillo de una novela; y sin embargo, las vemos con tal naturalidad en la expresión, con tal lógica en el proceder, son tan perfectamente humanos (permítase la frase), que creemos encontrarlos en la vida real, y aún contemplamos cómo afluyen á sus ojos las lágrimas de la alegría confundidas con las del duelo.

Luego, en segundo término, Lorenza, la pobre lavandera, tipo del honrado sentimiento popular, á quien em-

(1) Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias.

bellecen las canas nacidas del trabajo; Don Benigno, el elemento cómico de la acción, cuyo candor hace sonreír al alma deliciosamente, y cuya benignidad nos encanta cuando llega á lo heróico, al permitir que unas golondrinas aniden en su guardilla y sobre el único sombrero que posee; sombrero tan irremplazable como lo anuncia su calva cabeza, descubierta durante el tiempo de la nidada.

Al lado de esos aparecen los tipos de Florentina, la graciosa camarista de la duquesa, la compañera fraternal, que acalla los impulsos de un sentimiento puro en aras de la felicidad de su amiga y señora, á quien la liga un afecto que llega á la veneración; figura acabada, de elegantísimo contorno; y por último, el marqués de Guadamar, el representante genuino de la más soberbia aristocracia, consumado actor en el teatro del que llaman gran mundo, pero vencido por Félix en el teatro del sentimiento.

Después de los caracteres, después de las escenas conmovedoras, nada interesa tanto en esta obra como el estilo, de una riqueza espléndida y de una propiedad envidiable en el tono y en la dicción.

El Sr. García del Real, bien reputado ya en Madrid, puede estar satisfecho del éxito de *Aurora y Félix* en Barcelona. Esa obra, como acertadamente afirma el editor en su prospecto, está destinada á existencia más duradera que la que por regla general alcanzan en España las novelas, á lo cual no habrá de contribuir poco, sin duda, la moralidad intachable que se advierte en sus páginas.

De paso celebraremos que esta publicación, como otras también muy notables, efectuadas en nuestra capital, prueben que no siempre logra Madrid el monopolio de dar á conocer al público español las obras de verdadero mérito literario.

R. MEDINA.

EL PUENTE MAYOR DE VALLADOLID.

LEYENDA TRADICIONAL

POR

LA SEÑORA DOÑA EDUARDA FEIJÓ DE MENDOZA.

(Continuación.)

Se acercó á su lecho, después de haber besado á sus hijos y de haber llorado sobre las pálidas y enflaquecidas mejillas de D. Alonso, y cuando iba á llamar á sus doncellas para que la desnudasen, vió sobre el lecho y al lado de las almohadas, un pergamino enrollado y atado con seda encarnada y sellado con lacre verde, del que pendían varios sellos con las armas de los califas de Occidente.

Doña Eloisa se estremeció, pues comprendió que aquello era una carta del príncipe Omer. En aquellos tiempos no se conocían ni el papel ni la tinta, y se escribía en papiros con un líquido rojo.

Mas, ¿por dónde había entrado aquel mensaje? Él no había venido solo. Alguien le había traído y dejado allí.

La condesa no gritó, no interrogó á sus criados ni escandalizó como hubiese hecho una mujer vulgar; demasiado conocía que Omer tenía en su alcázar un poder oculto al que era difícil resistir.

Armándose de resolución, y decidida á no dejarse intimidar por nada, rompió los sellos y desarrolló el pergamino.

Estaba escrito con caracteres rojos, en lenguaje medio chapurrado de árabe y de castellano; pero claro lo suficiente para que la condesa lo comprendiese; decía así: "Ya habéis creído, señora, que os había olvidado, ó que mi entrevista con vos fuera un sueño, pero nada de esto; os amo cada vez más, y con creciente entusiasmo, al comprender lo que valeis."

"Vos no habéis nacido para ser la esposa de un caballero que reconoce el vasallaje de otro hombre, ni para ser sólo la señora de Valladolid."

"Vos estais destinada y sois digna de ocupar un trono y ser señora del reino de Toledo, que yo pondré á vuestros pies con mi corazón y mi persona..."

La condesa hizo un gesto de desden, y con un soberano desprecio arrojó el pergamino al suelo.

Por espacio de un rato le contempló en silencio; pero conociendo que tal vez dijese algo que importase á su esposo, sus hijos ó su ciudad, volvió á cogerlo y siguió leyendo del modo siguiente:

"Si no habéis vuelto á verme ni á tener noticias mías, ha sido porque yo no he querido importaros tan pronto; pero no porque me faltase el suficiente poder para hacerlo. Aun cuando pongais guardias triplicadas en vuestro alcázar, aunque os rodeéis de los más fieles vasallos y servidores, yo os veré siempre y cuando quiera."

"Decid á D. Fadrique de Lara, que se molesta en balde en cercar á Valladolid de nuevos soldados, y que sus pesquisas son impotentes para descubrirme á mí ni á la sultana Zoraida."

"Que olvide el amor que por ella siente, pues es un imposible."

"En cuanto á vos, adorada mujer, huf soberana de belleza, no me aborrezcais porque una noche me habeis escuchado contra vuestra voluntad, y tened compasión de mi amor, de un amor que por vos dejó la posesión de Valladolid y que está dispuesto á hacer los mayores sacrificios por conseguirlos."

Doña Eloisa frunció las cejas enojada, é hizo un gesto de indignación, pero siguió leyendo.

"Por la pasión absoluta que me habeis inspirado, quiero haceros un servicio, y por Alá os ruego que no me desoigais."

"Vuestro hijo D. Alonso tiene una enfermedad que vuestros doctores castellanos desconocen y que sólo podría curar un árabe. Le han dado tósigo. Está envenenado con un veneno mortal."

—¡Gran Dios! ¿Será verdad? gritó la condesa dejando caer el pergamino aterrada y corriendo al lecho de su hijo.

Al ver sus lánguidas facciones murmuró:

—¡Pobre ángel mío! No puedo creer que haya habido un malvado que diese tósigo á una criatura inocente que ningún daño le hizo.

¡Ese moro miente! ¡Trata de aterrarme y hacerse necesario!

Y limpiando el sudor de angustia que inundaba su frente, volvió á coger el pergamino.

"Sólo un médico árabe puede salvar á vuestro hijo. Si queréis fiaros de mí, dejad una de vuestras joyas en el reclinatorio como señal, y mañana á la noche alejad de la cámara á vuestras doncellas; iré con el contraveneno que el doctor árabe me ha facilitado."

—¡Yo tal infamia! ¡Jamás!

Y la condesa enojada rompió el pergamino en menudos pedazos.

Después pasó los cerrojos de la cámara y se acostó en el pequeño lecho de D. Alonso, al que estrechó entre sus brazos, como si de ese modo quisiese ahuyentar la enfermedad y poner miedo á la muerte con su cariño de madre.

En toda la noche no pudo la pobre dama conciliar el sueño, y varias veces sus lágrimas cubrieron el rostro de su hijo.

Sin embargo, á la mañana siguiente se levantó, y haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, se dirigió en silla de manos adonde estaban construyendo el puente.

El niño enfermo la acompañó, y áun pareció mejorarse con el animado y variado espectáculo que tenía ante su vista.

A los pocos días de haberse empezado la obra, pronto conoció Doña Eloisa la falta que le hacía el entendido y sabio constructor Mahomed.

Triste y vergonzoso era en extremo ver que los moros eran más ilustrados que los castellanos, pero no quedaba la menor duda; Córdoba era el sitio en donde estaba depositada la ciencia de toda España; pero Córdoba pertenecía á los moros, y su califa Abderraman era el mayor perseguidor de los cristianos, por lo que Doña Eloisa nada esperaba de él para la construcción de su puente.

Entonces más que nunca echó de menos á Mahomed, é hizo que le buscasen de nuevo, ofreciendo una gruesa suma al que la diese noticias suyas.

La condesa olvidaba sus resentimientos y sus sospechas contra el esclavo en favor de la sabiduría del hombre y el engrandecimiento de su ciudad. ¡Indudablemente la condesa Doña Eloisa era una gran mujer!

Sabia sus gestiones el esclavo, pues todas las noches salía del subterráneo para ir disfrazado por la ciudad, inquirendo noticias; pero no quería presentarse á ella hasta que el niño Alfonso, su inocente víctima, hubiese bajado al sepulcro.

CAPITULO VI.

DOLOR DE MADRE.

Desde que la infeliz madre había hallado el pergamino de Omer, no pasaba día sin que hallase otro, ya en la cama, ya en el reclinatorio y hasta en sus libros de oraciones, renovando el moro sus protestas de que el niño moría envenenado, y que sólo recibiendo á él secretamente podría salvarse.

Doña Eloisa llegó á creer en sus aseveraciones, y mandó apresuradamente que fuesen á Valladolid cuantos médicos cristianos y árabes gozasen de alguna celebridad, pero el veneno propinado por Mohamed era tan sutil, que había tomado el carácter de enfermedad, y todos declararon de consuno, que lo que aquejaba al niño eran unas calenturas perniciosas.

Tranquilizóse la pobre madre, y entre angustias y esperanzas, llegó el instante de que la muerte le arrebatase á su hijo.

Una mañana se encontró tan grave, que se reunieron á su cabecera tres médicos, dos camareras y D. Fadrique de Lara.

La triste madre tenía la cabeza de su hijo apoyada en

su seno, y lágrimas silenciosas se deslizaban de sus ojos.

D. Fadrique de Lara estaba a su lado y la miraba con ademán compasivo.

Era un joven de veinticinco años, delgado, pálido, elegante y con la barba y los cabellos rubios. Sus ojos eran azules, pero de un azul oscuro, y como el cielo en un día de tempestad.

Vestía con desembarazo un sayo de brocado y unas calzas de bellorria, y no se veían más armas en su persona que una daga con empuñadura de oro.

D. Fadrique era más simpático que hermoso, pero tenía una atracción irresistible para todos los que le conocían.

Su fisonomía respiraba tristeza, y no era la tristeza del dolor del momento por la cercana muerte de Don Alonso, sino una pena íntima reconcentrada y contenida.

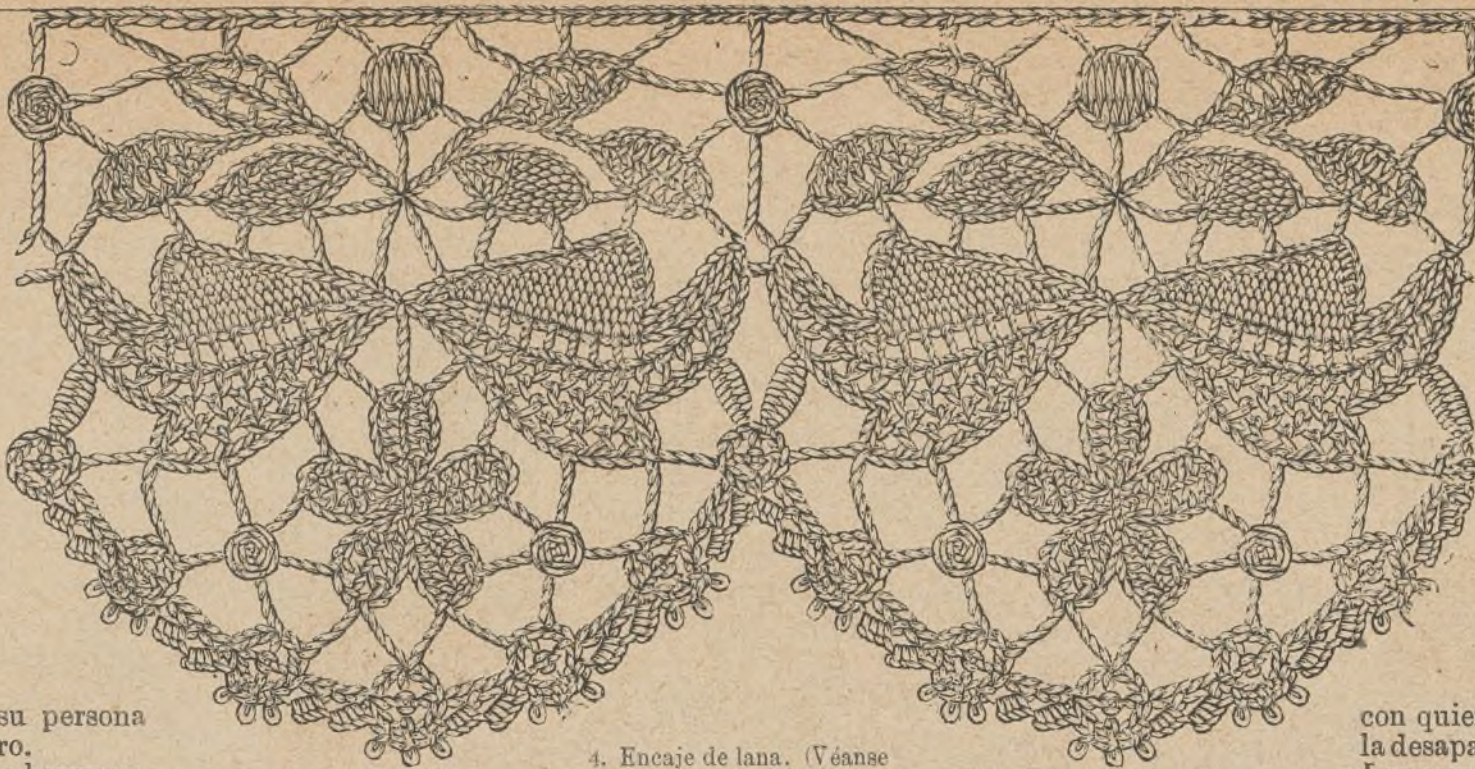
D. Fadrique estaba locamente enamorado de Zoraida, y Zoraida no parecía, á pesar de haber hecho sobrehumanos esfuerzos para buscarla.

Todos guardaban en la cámara el más solemne silencio, sólo interrumpido por la agitada y fatigosa respiración del niño.

Los doctores



5. Detalle para el encaje número 4.



4. Encaje de lana. (Véanse los núms. 5 á 8.)



6. Hoja para el encaje número 4.

ma; retiraos, pues nada tenéis que hacer ya aquí. El doctor Farfan, mi primo Fadrique y yo recogeremos el último suspiro de mi pobre hijo, y en tanto que yo cumplo este sagrado deber, ved vosotras por las hijas que me quedan. Tú, Mayor, especialmente,

con quien ellas se hallan tan contentas desde la desaparición de la pobre Zoraida Fátima.

Las camareras saludaron á su señora, después besaron las manos del niño moribundo, bañándolas con sus lágrimas, y salieron seguidas de los doctores.

Doña Eloisa, al ver menos gente, pareció respirar con más libertad.

El doctor Farfan se acercó al niño y le pulsó con detención por espacio de un rato, haciendo un gesto de desagrado.

—¿Qué sucede? preguntó la condesa con dolorosa angustia.

—¡Preciso es que esteis preparada á todo, señora mía! exclamó el anciano.



11. Túnica Princesa. (Véase el núm. 12.) Patron del cuerpo: pliego del 18, por el derecho, núm. VI, fig. 32.)

consultaban entre sí y discutían los medicamentos que debían propinársele.

Como sucede casi siempre, lo que uno decía otro lo desechaba, y en estas continuas disputas no disponían nada en provecho del enfermo.

Doña Eloisa, fatigada de sus discusiones, habló en voz baja con D. Fadrique de Lara por espacio de algunos momentos, y el caballero, que había recibido sus órdenes, se dirigió á los médicos:

—Señores, les dijo con voz dulce y digna, procurando no herir susceptibilidades, la condesa mi prima y señora os da las gracias por el interés que os tomáis por su hijo, y os ruega que en beneficio del mismo se quede uno de vosotros á asistirlo y los otros dos se retiren. Cuanto menos gente, mejor, y con este mismo objeto Doña Eloisa hará retirar á sus camareras.

Los doctores no parecieron quedar muy satisfechos de aquella interrupción; pero como respetaban mucho á la condesa, se callaron y eligieron entre sí el que había de quedarse, recayendo la elección en el más anciano, como era regular.

Los otros dos hicieron una



7. Ejecución del encaje núm. 4.

9. Fichú de encaje y tul. (Véase el núm. 24.)



10. Velo para sombrero. (Véase el núm. 25.)



13. Túnica recogida de atrás. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. VI, fig. 32.)



8. Limosnera de encaje de lana. (Véanse los núms. 4 á 7.) (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. VI, fig. 32.)



14. Túnica recogida de los costados. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. VI, fig. 32.)



12. Espalda de la túnica núm. 11. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. VI, fig. 32.)

—¡Ah Farfan! Tiempo hace que temo esta horrible desgracia, contestó la pobre madre, y aún me persigue la idea de que muere envenenado: ¿cabe esto en lo posible doctor?

Farfan movió la cabeza con desaliento, y murmuró en voz baja:

—Yo he tenido ese mismo temor, y así se lo he manifestado á mis compañeros, que me han tratado de loco y visionario!

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Sería horrible! gritó delirante la condesa, estrechando al tierno infante contra su pecho.

Farfan y D. Fadrique se dirigieron una rápida mirada, pero la suficiente para comprenderse y ponerse de acuerdo.

—Prima y señora mía, dijo el de Lara respetuosamente: vuestro cariño maternal os engaña. ¿Quién había de ser el infame que diese tósigo á un niño inocente, á vuestro hijo, al niño de Ansurez, que es adorado en Castilla, y esto en su buena, en su leal villa de Valladolid, y siendo yo gobernador de ella? ¡Imposible, señora, imposible! Desechad esa idea, sugerida sin duda por alguno de vuestros enemigos.

—No piense en ello vuestra



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel 2.^a, II. Madrid.

merced, s
añadió el m
yo he sido
recordando
tras palab
he equivoca
mis comp
tienen razo
deada de
servidores
está vuest
ced, ¿quién
bia de atr
semejante
tado?

— Farfa
la verdad, s
exclamó co
lleno de c
cion D. Fac
D. Alonso
de calentu
hay que c
marse con
luntad de l

— ¡Sien
voluntad d
la acato, p
de que sea
na! dijo
Eloisa, con
viese alivi
do creer m

El doct
cucharada

Daba lá
pálido con
demacraci
bios cárde
vulsos.

A los
cion la ar



23. A

envenen
aún más
ros; mas
menor d
te. Debe

— ¡Im

él hasta

— ¡Pob

Farfan.

— ¡Inf

con tant

ber, no

que le d

— ¡De

de Dios

el medic

— Lo

que mi

para qu

— Ha

sionarla

y mis co

dijo Far

Los

impres

estaban

Entre

mirando

friendo

dolores

que sólo

paz el al

una ma

Su co

sedesga

se com

hasta re

se á fra

tos, a

aquella

da tan

da de su

á aquel

su prop

moris

que p

hubie

medio.

merced, señora, añadió el médico; yo he sido el que, recordando vuestras palabras, me he equivocado, y mis compañeros tienen razón. Rodeada de leales servidores como está vuestra merced, ¿quién se había de atrever á semejante atentado?

— Farfan dice la verdad, señora, exclamó con tono lleno de convicción D. Fadrique; D. Alonso muere de calenturas, y hay que conformarse con la voluntad de Dios. — ¡Siendo la voluntad de Dios, la acato, por grande que sea mi pena! dijo Doña Eloisa, como si se viese aliviada de un gran peso, y no queriendo creer más que lo que la decían.

El doctor se acercó al niño y le dió una cucharada de una poción calmante.

Daba lástima el aspecto del tierno infante, pálido como la cera, enflaquecido hasta la demacración, con los ojos hundidos, los labios cárdenos y todos sus miembros convulsos.

A los pocos momentos de tragar la poción la arrojó, y una espuma amarilla asomó á sus labios, cayendo su cabecita desfallecida

en la almohada.

— ¡Gran Dios! ¡Ha muerto! dijo la condesa aterrada.

— No, no señora, tranquilícese vuestra merced, dijo Farfan apresuradamente; por el contrario, va á descansar un rato. Retírele vuestra merced el brazo y vele su sueño.

La condesa obedeció y el médico hizo una seña á D. Fadrique, dirigiéndose con él á una de las grandes ventanas ojivas que daban luz á la cámara.

— ¿Qué sucede? preguntó el de Lara anhelante, pero en voz muy baja.

— Que vuestro primo muere

envenenado, noble caballero, contestó Farfan con indignación y en voz aún más baja que la de D. Fadrique; lo he temido y se lo dije á mis compañeros; mas ahora, después de la espuma que le he visto arrojar, no me queda la menor duda, y ese descanso que tiene en ese momento es el precursor de la muerte. Debemos hacer por que se retire su madre, pues no le queda una hora de vida.

— ¡Imposible! Doña Eloisa querrá recoger su último suspiro, y no se separará de él hasta que le den sepultura.

— ¡Pobre madre! dijo compasivamente Farfan.

— ¡Infeliz señora! añadió D. Fadrique con tanto dolor como cólera. ¡Y no saber, no adivinar quién es el malvado que le dió el tósigo!

— ¡Dejadlo al tiempo y á la justicia de Dios que todo lo descubre! contestó el médico con fe.

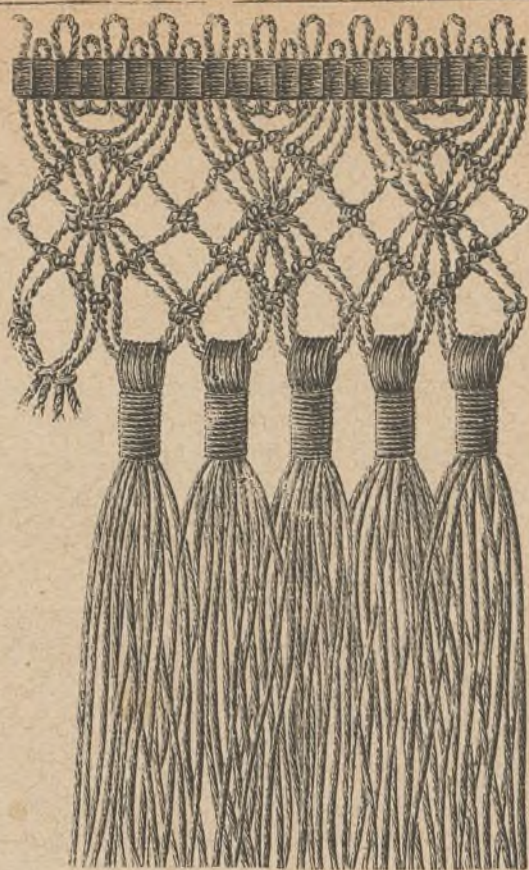
— Lo que es preciso y necesario, es que mi infeliz prima deseche esa idea para que no sufra tanto.

— Haremos lo posible por desimpresionarla. Vos por cariño, yo por caridad, y mis compañeros porque no saben más, dijo Farfan con desprecio.

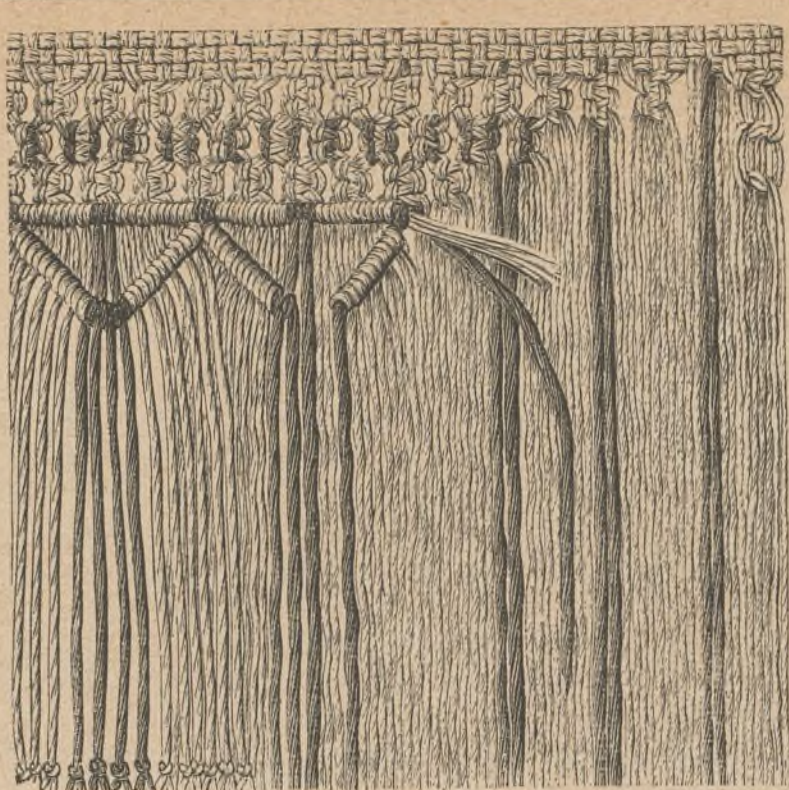
Los dos se callaron dolorosamente impresionados por el espectáculo que estaban viendo.

Entre tanto la noble Doña Eloisa, mirando á su hijo agonizar, estaba sufriendo un dolor horrible, uno de esos dolores de los que sólo es capaz el alma de una madre.

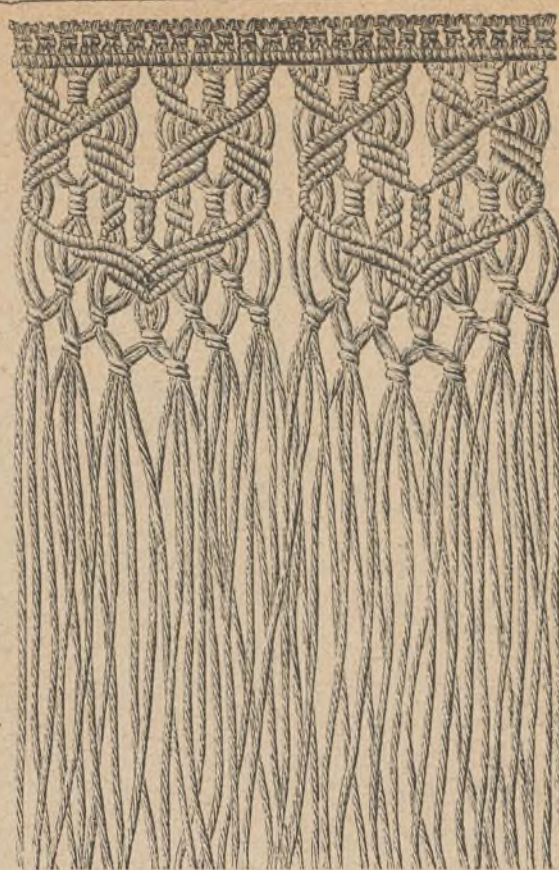
Su corazón se desgarraba, se comprimía hasta reducirse á fragmentos, al ver aquella prenda tan querida de su alma, á aquel sér de su propio sér, morir sin que para él hubiese remedio.



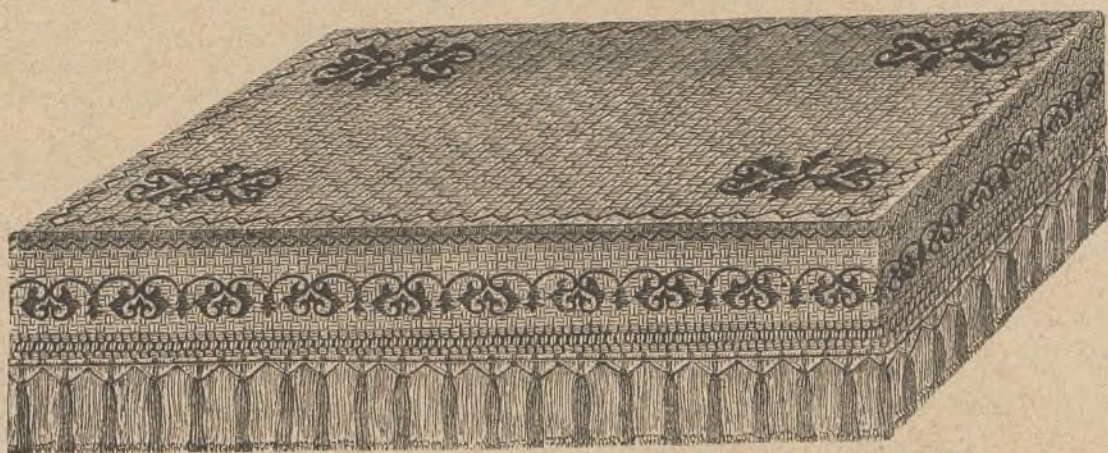
15. Fleco anudado.



17. Fleco del mantel-tapete núm. 48.



16. Fleco anudado.



18. Mantel para té, ó tapete de cañamazo Java. (Véanse los núms. 17 á 19.) (Modelo típico y explicación: pliego del 18, por el derecho, fig. 34.)



22. Abrigo para niñas. (Véase el núm. 23.)



20. Tapete de cañamazo Java. (Véase n.º 21.)

acercó por mera fórmula; harto sabía que la condesa decía verdad. Pulsó al niño y contestó con grave solemnidad:

— Sois un alma fuerte, señora, y es indigno el engañaros. Vuestro hijo está con Dios y los ángeles, tan ángel ya como ellos. Doña Eloisa no hizo un gesto ni derramó otra lágrima. Su dolor era mudo, sombrío, aterrador.

A los pocos momentos entraron en la cámara todos los servidores del palacio, que prorrumpieron en sollozos al ver muerto á su joven señor.

Don Fadrique y Farfan trataron de sacar dulcemente de allí á la condesa, pero no lo pudieron conseguir.

En presencia de todos sus criados, que no sabían si admirarla ó compadecerla, lavó á su hijo y le vistió, haciendo que le depositasen en el estrado del salón de Honor del alcázar.

Allí estuvo tres días con tres noches, velado por los más nobles caballeros de



23. Abrigo para niñas. (Véase el núm. 22.)

Valladolid, y siendo visitado por todos sus vasallos, que vinieron á despedirse de él y arrojar agua bendita sobre sus restos desde diez leguas en contorno.

Doña Eloisa, con una fuerza de alma admirable, pasmosa, no se separó de su hijo ni un solo momento, ni tomó otro alimento que vasos con agua fresca, durante aquellos tres mortales días: la devoraba la calentura.

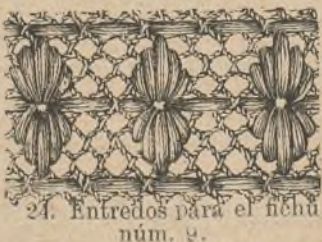
Sentada al lado de la caja mortuoria de su hijo, se asemejaba á una de esas hermosas estatuas de alabastro que hay en las magníficas catedrales de Italia. Parecía tan muerta como él, y sólo tenían vida sus hermosos ojos, velados por el dolor y la angustia.

D. Fadrique de Lara, de pie al otro lado del niño, acompañó á su noble prima en su dolor, y sólo se apartaba de allí para cumplir los deberes de su cargo.

Pero todo concluye en este mundo, así el dolor como la alegría.

Pasaron los tres días del depósito de D. Alonso y llegó el de su entierro.

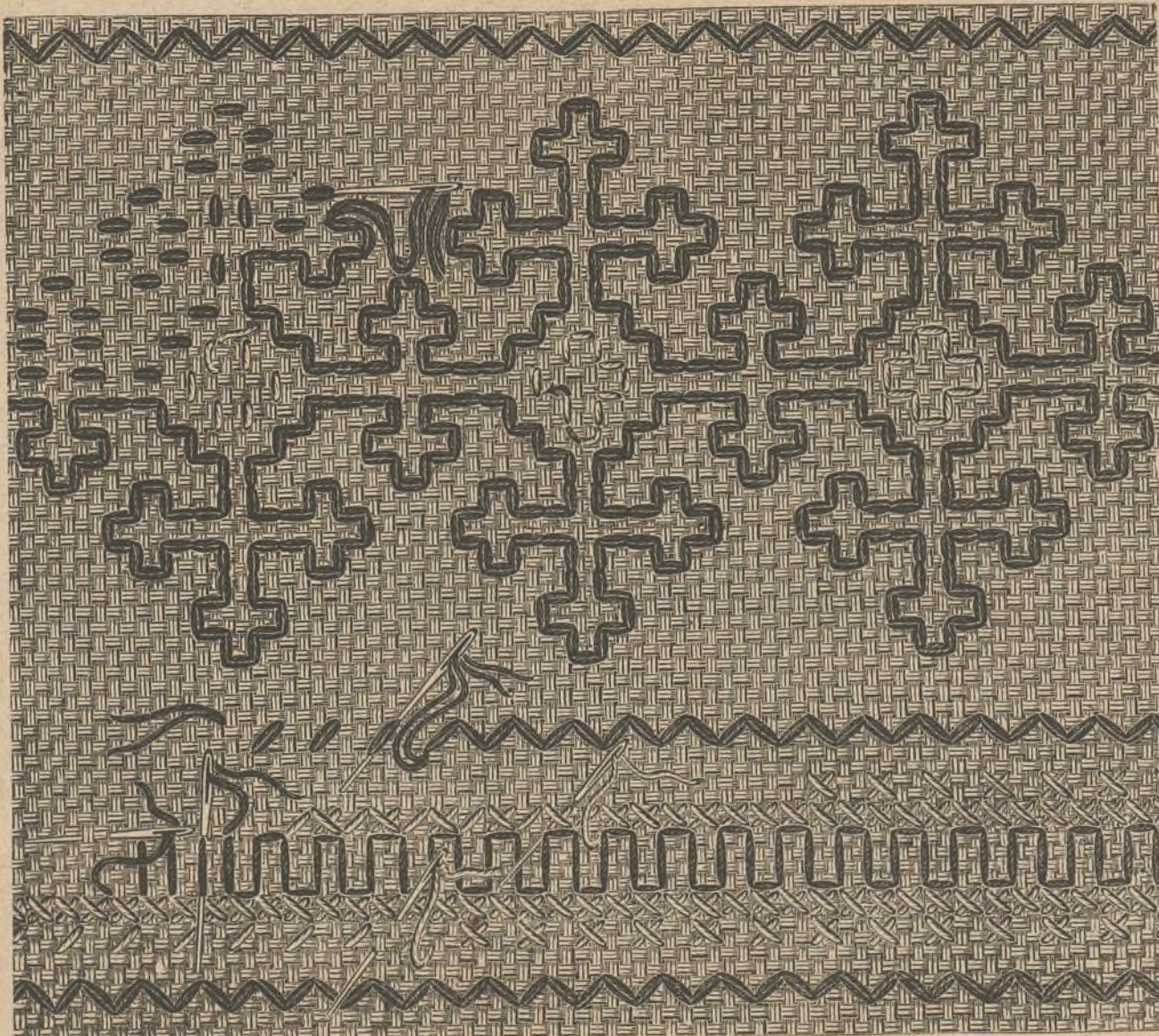
Los canónigos de la colegiata de Santa María, hoy la Antigua, con el abad á su ca-



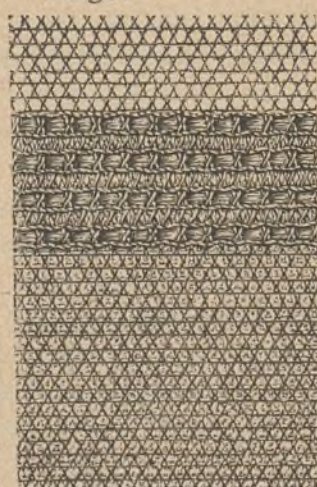
24. Cenefa para el faldón núm. 9.



19. Cenefa para el mantel núm. 18.



21. Cenefa para el mantel núm. 20.



25. Cenefa para el velo núm. 10.

beza, vinieron para llevarse al niño. El abad tampoco se había separado de D. Alonso durante el tiempo que había estado depositado, y había dicho muchas misas, no por el descanso de su alma, pues el ángel no las necesitaba, sino para dar majestad al culto católico y grandiosidad al entierro.

Doña Eloisa al ver aquel aparato se puso en pie como movida por un resorte, y dió las gracias á todos por los cuidados que habían prodigado á su hijo, con una voz triste, pero firme. Despues se acercó á D. Fadrique, y estrechándole las manos con fuerza, le dijo tiernamente:

—¡Gracias, primo! Desde hoy sois mi hermano, y si algo llega á necesitar, cueste lo que cueste, acordaos de vuestra hermana Eloisa!

El de Lara la besó las manos con cariño y nada contestó, porque su emoción no se lo permitía.

La condesa fué á dar el último beso á su hijo, y quebrantada, aniquilada con tan horrible y contenido dolor, cayó desmayada sobre sus inanimados restos.

Sus camareras se apresuraron á sacarla de allí, y Farfan hizo que la llevaran á su lecho.

D. Fadrique se acercó al cadáver de D. Alonso, y poniendo la mano derecha sobre su helada frente, dijo en voz baja y solemne:

—¡Descansa en paz, inocente víctima de la infamia y la traición, que yo te juro no descansar ni reposar tranquilo hasta que haya vengado tu muerte!

La clerecía, los canónigos, hombres de armas, caballeros y vasallos de la ciudad, se llevaron á D. Alonso, y el de Lara, como pariente y gobernador de la ciudad, presidió el entierro.

D. Alonso fué enterrado en el monasterio de Sahagun, segun deseos de su madre, que más tarde debia ir allí á reunirse con él.

(Se continuará.)

DIANA LA VENGATIVA.

A corta distancia de Santander, al pie de una elevada montaña, se veía hace algunos años un inmenso caseron, mitad palacio, mitad casa de campo, que los montañeses llamaban pomposamente castillo, quizá por adular á sus dueños.

Era una mole de piedra que databa del tiempo del feudalismo, en el que cada época había dejado un recuerdo.

De castillo sólo tenía un gran torreón de ventanas ojivas, único que se había salvado de la piqueta del albañil; todo lo demás del edificio era de construcción moderna; pero estoy seguro que el arquitecto más inteligente se habría visto muy apurado si le hubieran preguntado á qué estilo pertenecía.

La fachada principal tenía adornos del tiempo del Renacimiento, ventanas de orden corintio y delante un pequeño parque á la inglesa.

Todo el edificio estaba rodeado por un inmenso jardín con bosques sombríos, alamedas que se perdían de vista, cascadas, fuentes y estatuas.

Aquella casa, palacio ó castillo, pertenecía á los señores de Montealto.

El señor conde Amadeo de Montealto, era un viejo seco y huesoso, derecho y fuerte como una encina, de frente pequeña, ojos grises, nariz larga y encarnada y dientes amarillos.

El peso de los sesenta años de edad que ya tenía sobre sí no había podido inclinar su alta estatura, ni arrancarle un solo cabello.

Su boca, continuamente contraída, anunciaba tranquilidad y resolución, y su actitud altiva y fiera, yo no sé qué de caballeresco y despótico.

No le faltaba más que una cota de mallas y una lanza para representar un caballero de la Edad Media.

La señora condesa, su esposa, era también alta y seca como él, con el rostro apegaminado y pecoso. Siempre llevaba un vestido de damasco negro de grandes ramos, desmesuradamente largo, atado á la cintura con un cordón de seda, negra también, del cual pendía un rosario de cuentas gordas y una cartera donde guardaba las llaves y el dinero para el gasto diario.

Su tocado consistía en una papalina blanca, con honores de cofia, adornada con lazos negros.

El señor conde y la señora condesa no tenían más que un hijo llamado Tristan.

Tristan de Montealto contaba veinte años de edad, era de estatura regular, bello, blanco y rubio como un alemán.

Tristan poseía también una imaginación alemana, es decir, fantástica y nebulosa.

Los señores de Montealto, como eran bastante ricos, y segun decían ellos, el fundador de su noble casa había sido compañero de Peláyo, no quisieron mandar á su hijo á ningún colegio para que se rozara con gentes de poco más ó menos.

Un preceptor sin discípulos que había en Santander, sirvió de ayo á Tristan hasta que cumplió diez y ocho años, y el buen hombre le enseñó lo que él sabía, que no era mucho.

Un poco de castellano y un poco de frances, y nada más.

Pero sus padres juzgaron que sabía demasiado para un caballero rico.

Tristan pasaba los días, y muchas veces también las noches en el jardín, en compañía de dos ó tres tomos de cuentos de Hoffmann y de tragedias de Sakespeare, traducidas al frances, que le había proporcionado su preceptor.

El joven se extasiaba leyendo las aventuras amorosas ó sangrientas de los héroes del autor alemán y del poeta inglés.

Los criados decían que estaba loco; pero su locura, como la de Hamlet, era una locura agradable y melancólica.

Él decía, ó mejor dicho, aseguraba, que había visto á las tres brujas que se le aparecieron á Macbeth, para predecirle que sería rey, vestidas con largas túnicas color de fuego, y montadas en palos de escobas.

Otras veces refería historias en las cuales había sido amado como Romeo, ó celoso como Otello. Entre estas está la de Diana.

Esta historia me causó mucho efecto, no sé si por su rareza, por la disposición en que me hallaba cuando me la refirió, ó por el sitio donde nos encontrábamos.

Era en Escocia, al anochecer de uno de esos días que Dios sólo ha creado para Italia, Grecia ó Andalucía.

Estábamos sentados á la orilla de un camino solitario; el sol desaparecía lentamente detras de la catedral de Edimburgo, como si le causara pena abandonar la tierra.

Las sombras nacientes de la noche iban envolviendo con su oscuro manto la playa cubierta de ruinas que había á nuestra izquierda, al pie de la cual el mar, tan terso como un inmenso espejo de plata, seguía su tranquilo camino jugando con las conchas de la orilla.

Delante de nosotros, Edimburgo aparecía destacándose sobre un fondo dorado, asemejándose á uno de esos cuadros de la escuela florentina, pintados por Giotto, que tanto asombro causan.

Tristan me refería su historia con un acento monótono y triste: sus palabras, más bien que pronunciadas, parecían caer una á una de sus labios, produciendo un efecto extraño.

Decía así:

«Una noche que, como de costumbre, se paseaba por el inmenso jardín de la casa de su padre, llegó á un bosquecillo de aloes, en medio del cual había una preciosa estatua de mármol blanco sobre un pedestal de jaspe azul.

Era Diana cazadora, con su carcaj al hombro y su flecha en la mano.

La luna, deslizándose sus rayos á través de las ramas de los árboles, formaba en el suelo mil caprichosos dibujos, semejantes á los de un tapiz oriental.

Tristan caminaba tan distraído, que al pasar por delante de la estatua tropezó en el pedestal.

Entonces se detuvo y levantó la cabeza.

Pero... ¡cosa extraña!... Tristan creyó que la estatua le sonreía.

La miró con más atención, y vió que no se equivocaba. Diana le sonreía en efecto.

Tristan, algo confuso, prosiguió su camino; pero aún no había andado ocho pasos, cuando un poder más fuerte que su voluntad le obligó á volver la cabeza.

Diana lanzó sobre él una mirada de dulce melancolía.

—Es una alucinación de mis sentidos —murmuró.—

¿Cómo se ha de animar ese mármol?... Pero Tristan no podía olvidar la bella sonrisa de Diana, ni su melancólica mirada.

Entró en su habitación, se acostó, é intentó dormirse; pero aquello era más fácil para pensado que para ejecutado.

Por más esfuerzos que hizo le fué imposible dormir. Siempre tenía delante de sus ojos la sonrisa y la mirada de la estatua.

Se volvió á vestir, cogió un libro y quiso leer.

Pero le fué tan imposible como dormir.

Entonces abrió la ventana de su habitación, y se asomó para que el aura de la noche refrescara su cabeza.

La aurora comenzaba á aparecer en el horizonte, haciendo palidecer la claridad de la luna.

La ventana dominaba todo el jardín.

Tristan fijó involuntariamente sus miradas en el bosquecillo de aloes, y vió la cabeza de Diana destacarse sobre los árboles.

El joven apercibió la misma sonrisa en sus labios, la misma mirada en sus ojos.

Tristan permaneció algunos instantes inmóvil, asombrado, confuso.

Mientras tanto salió el sol.

Tristan volvió á mirar otra vez.

Pero todo había desaparecido: Diana no sonreía ni miraba.

Era una estatua tan fría é impasible como todas las estatuas de mármol.

Tristan pasó el día muy agitado.

Jamás había sentido en su corazón una sensación parecida á la que experimentaba.

Es verdad que Tristan tampoco había visto nunca un rostro semejante al de la estatua, una nariz tan bien modelada, unos ojos tan rasgados, una boca tan pequeña, un cuello tan bien formado.

Se sentó delante de Diana, con un libro en la mano, pero en vez de leer no hacía más que contemplar la estatua.

El viento se había encargado de pasar las hojas del libro.

En cuanto anocheció, Tristan no pudo resistir al deseo de ir á ver á Diana á la claridad de la luna.

La estatua le sonreía otra vez y le miraba con dulzura.

—¡Oh!... ¡qué bella es! —murmuró el joven.— ¡Por qué los mármoles no han de amar? ¡Cuánto te amaría yo, Diana!

—¿Por qué no me amas? —dijo la estatua.— ¿Quién te lo impide? ¿Crees que los mármoles no pueden amar?

—¿Con que tú puedes amarme?

—Sí, y mucho, con pasión...

—Pues ámame, porque yo te adoro.

—¡Ah! —exclamó Diana sonriendo.— ¿cómo quieres que crea en ese amor tan repentino?

—Por qué?

—Porque ha nacido muy pronto en tu corazón.

—¡Diana, yo te amo, te lo juro por la!...

La estatua puso su fría mano sobre la boca de Tristan.

—¡Basta, basta! ¡Vas á jurar que me amas por la luna, por los astros y las flores!... Yo soy como Julieta, no quiero que juren que me aman sobre cosas tan inconstantes... sólo creo en las obras.

—¡Oh!... ya verás como te amo... ya verás mi constancia...

—Bien... si es así, yo también te amaré. Pero si un día faltas á tus promesas, si me olvidas y amas á otra, mi venganza será terrible.

Tristan cogió una pasionaria, la besó, y exclamó dándole á Diana:

—Esta flor santa será el lazo que una nuestras vidas; si yo te olvido, maldíceme sin compasión.

Tristan y la estatua se amaron mucho, mucho tiempo.

Pero sólo se veían como los enamorados de Verona, desde que cantaba el ruiseñor, hasta que comenzaba á cantar la alondra.

A Diana le estaba prohibido hablar cuando salía el sol.

Un año despues, Tristan tuvo que pasar á Escocia á arreglar unos asuntos de familia.

Una tarde que paseaba por los alrededores de Edimburgo, vió una joven asomada en la galería de una preciosa casa cuyas paredes besaba el agua del mar.

Era alta, esbelta, blanca y rubia. Sus ojos azules tenían algo de la transparencia del cielo, sus labios mucho del carmin brillante del coral.

Sakespeare la había llamado Ofelia ó Julieta, pero su padre la llamaba Olimpia. Olimpia era realmente bella. Tristan la amó con delirio, con frenesí y Olimpia le correspondió.

Como Tristan era rico y noble, y Olimpia noble y rica, las dos familias no vacilaron en unir á los dos jóvenes para siempre.

La víspera del día de la boda, Tristan tuvo un sueño terrible.

Diana, la estatua del jardín, se le apareció con semblante airado á prohibirle que se casara.

Le recordó sus promesas, sus juramentos, sus protestas de amor, sus noches pasadas en el jardín en dulces pláticas bajo la estrellada bóveda del cielo, alumbrados por la luna y arrullados por el murmullo de la fuente vecina, por el canto del ruiseñor, por el armonioso ruido que producía el viento al deslizarse entre las ramas de los árboles.

Pero Tristan no la quiso escuchar.

Juramentos, protestas, pláticas amorosas, flores, pájaros, árboles y fuentes, todo lo había olvidado ya, ó por mejor decir, todo había desaparecido para dejar sitio á un nuevo amor más fuerte, más poderoso, más violento que el primero... porque era el último.

Diana se retiró prometiendo venganza.

Tristan no hizo caso de la amenaza, y á la mañana siguiente estuvo más enamorado de su prometida que nunca lo había estado.

La boda se celebró con gran pompa y suntuosidad.

Los nuevos esposos se retiraron á la quinta donde Tristan habia visto á Olimpia por primera vez.

Las habitaciones de los recién casados estaban casi juntas, sólo las separaba un estrecho corredor.

Al tiempo de pasar Tristan de su habitación á la de su esposa, oyó un ruido confuso de voces y quejas, y hasta creyó que luchaban.

Tristan empujó con violencia la puerta y entró.

Olimpia, desgredada, medio envuelta en una bata de batista blanca, estaba arrodillada delante de una mujer vestida de blanco también.

Aquella mujer habia rodeado al cuello de Olimpia el cordon de su bata y le apretaba poco á poco para prolongar la muerte de su víctima.

Tristan se lanzó sobre aquella mujer para arrancar á Olimpia de entre sus manos, pero aquella mujer, más fuerte que él, lo rechazó y siguió apretando el cordon.

Tristan lanzó un grito de rabia.

La mujer vestida de blanco exhaló una carcajada ronca y estridente que heló de espanto á Tristan.

—¡Diana! exclamó horrorizado.

Era la estatua del jardín.

—Diana, que juró vengarse si algun día la olvidabas, y que cumple sus juramentos mejor que tú, hombre sin fe y sin honor, respondió la estatua siempre riendo.

Olimpia luchaba por defenderse y extendía sus brazos hacia Tristan.

Este volvió á arrojarle sobre la estatua, pero Diana lo rechazó de nuevo.

Entonces, como si hubiera variado de parecer, soltó el cordon, cogió á Olimpia por los cabellos y la sacó arrastrando fuera de la habitación.

Tristan quiso gritar pidiendo socorro, pero la voz espiró en su garganta.

Diana siguió arrastrando á Olimpia hasta que la sacó fuera de la casa.

Tristan corria detrás sin poder alcanzarlas y sin poder gritar.

Cuando llegaron á la orilla del mar, Diana cogió en brazos á Olimpia ya casi muerta y la lanzó con violencia al agua.

Después sacó un objeto que llevaba oculto en el pecho lo arrojó al rostro de Tristan que estaba inmóvil, mudo, aterrado.

Era una flor de pasionaria marchita y ajada.

—Adios, dijo con un acento que hizo estremecer á Tristan; siempre que ames me tendrás interpuesta entre tu amante y tú... El que una vez ama á Diana no puede amar jamás á otra... Diana no consiente rivales... no te olvides jamás de mí, ni de tu noche de boda...

Y desapareció.

Tristan no ha vuelto á amar jamás.

JOSÉ MARÍA CUENCA.

REVISTA SEMANAL.

Teatro de la Comedia.—La hija de Gefté.—Para concluir.

En esta semana ha sido presentada en la escena del aristocrático teatro de la Comedia una producción original del distinguido escritor Sr. Campo Arana, titulada *Después de la boda*. Si el asunto es conocido, esta circunstancia da mayor mérito á la citada producción, atendida la maestría con que la presenta su autor, adornada de situaciones de mucho efecto, que acusan gran conocimiento del teatro y un talento poco comun.

En dicho coliseo háse puesto también en escena un juguete cómico, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, cuyo título es *El cuchillo de la cocina*. Su autor es el Sr. D. José de Fuentes. El éxito fué excelente.

**

Dos años hace, se presentó una ópera en el teatro Real. *Las naves de Cortés*, del Sr. Chapí. Sabido es que Madrid la escuchó, convencido de que el Sr. Chapí sería una gloria nacional, comprendiendo la valía de esa primera piedra que colocaba para el templo de su gloria. Dos años han pasado; en ellos no se ha vuelto á oír la música del joven pensionado en Roma; y sin embargo, esa música se esperaba con impaciencia, no dudando que el Sr. Chapí continuaria su obra y realizaria todas sus promesas. Y en efecto; una segunda piedra, *La hija de Gefté*, ha venido á contribuir al aumento de su comenzado edificio. Y bien quisieramos, ocuparnos muy detenidamente de esta nueva obra; bien quisieramos poder dar una exacta y minuciosa explicación de lo que es, de lo que vale, de lo que expresa... pero el poco lugar de que disponemos no nos lo permite; por eso tan sólo daremos una idea de la citada producción, que con tanto gusto ha

escuchado el público de Madrid, lamentándonos de no poder hacerlo tal y como quisiéramos.

El argumento viene á ser el siguiente:

Seila, prometida del joven Ruben, sólo espera para casarse torne su padre Gefté, juez y caudillo de Israel, el cual se encuentra combatiendo á los Amónitas. Seila tiene un sueño en el que al irse á desposar con Ruben llega un fantasma que la arrebató con la vida la felicidad que esperaba. En vano sus amigas tratan de animarla: viene Ruben y la participa la llegada de su padre Gefté victorioso, por lo que Seila entra en su casa á engalanarse para recibirle. Gefté ha hecho el voto, si venia á los Amónitas, de sacrificar á la primera persona que pisase el umbral de su casa. Su hija Seila es la primera que se presenta al salir, engalanada á recibir á su padre, que consternado se dispone á herirla; pero los hebreos, horrorizados, se lo impiden, y con sus ruegos obtienen de Gefté que su hija quede salva, pero que vaya á hacer penitencia al desierto. La infortunada Seila se despoja de sus flores, y acompañada de sus amigas sube la pequeña montaña, y desaparece.

El preludio expresa con su dulce sonoridad los encantos de la naturaleza creada por Dios, é infinita y magnífica como él... Describe el bello momento del amanecer, con tal verdad, que si los ojos no perciben la mágica escena, el alma la siente, abismándose en un piélago de inefables delicias. En esto estriba el principal mérito del inspirado artista.

En el andante de Seila, el misterio, el sufrimiento, la ansiedad están tan perfectamente pintados en la narración, que por grados se exalta el ánimo, participando de los distintos sentimientos que Seila expresa.

El allegro al despedirse Seila de Ruben, pues ya sueñan las trompetas que anuncian la llegada de Gefté, y quiere adornarse para recibirle, es tan valiente como apasionado.

En definitiva; la obra es buena, amoldada constantemente á los sentimientos que la palabra del personaje expresa, llena de verdad y muy estudiada.

Enviamos desde aquí nuestros plácemes más sinceros al Sr. Chapí, que tanto enaltece al arte, tanto por la profundidad de sus estudios como por las brillantes dotes que le adornan.

**

Y antes de terminar, llamamos la atención de nuestros lectores sobre la exactitud con que el astrónomo aragonés, Sr. Guerrero y García, marca, en su *Calendario profético zaragozano*, los cambios atmosféricos que hasta ahora en el presente año se han sucedido.

Creemos un deber hacerlo constar, sin que nos ciegue la sincera amistad que á dicho señor profesamos.

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA.

À LAS DAMAS ESPAÑOLAS.

Jóvenes hermosas de la aristocrática España, á quienes los recientes males de la patria han hecho palidecer el rostro y el color purpurino de los labios, si queréis realzar vuestras gracias, antes que la regeneradora naturaleza os devuelva los encantos que momentáneamente habeis perdido, acudid á *La Universal*, peluquería y perfumería de S. M. y Real Casa, sita en la plazuela del Príncipe Alfonso (Santa Ana), núm. 15, y allí encontrareis cuanto el arte ha inventado recientemente.

Dicho establecimiento acaba de recibir el *Blanco de Lis*, el de *Pluma de Cisne* y el de *Emperatriz de la belleza*. El primero da al cutis la blancura de la azucena, recientemente abierta por la frescura de las auras matinales. El segundo imprime esa suave tersura que se tiene sólo en los años de la juventud primera, cuando el alma no ha sentido dolores ni el corazón ha sufrido desengaños; y el tercero extiende un ligero velo de nieve, que parece abrigado por los primitivos rayos de un sol de primavera.

Si queréis que os confundan con las rosas, reinas de los jardines, ó con el clavel que ostenta su corola en la maceta que adorna quizá vuestros balcones, y que tal vez cuidan vuestras delicadas manos, adquirid el color *Rojo Aurora* y el de *Flor de granado* para extenderlos suavemente sobre vuestras mejillas; y si anhelaís que vuestros graciosos labios atraigan las miradas cuando la más leve sonrisa los entreabra, comprad la pomada *Coral de Pervan*, *Amapola de los campos* y *Clavel rojo de la India*; y para que la ilusión sea completa y os crean hijas ó hermanas de las flores, cuyo jugo han robado para embelleceros, y al acercarse á vosotras se crea el alma transportada á las regiones de la Arabia, rociad vuestras ropas y las alfombras que se extienden á vuestros pies con *El Champaka*, *Opoponax*, *Citrisus* y *Memdeville*, con los cuales podeis humedecer también vuestros pañuelos,

esparciendo al agitarlos un delicioso ambiente en torno vuestros, sin que por esto releguéis al olvido para esos delicados cuadros de batista, orlados de encaje, el extracto de *geranio rosa* y el de *violeta*, preferibles siempre para las naturalezas nerviosas.

Encontrareis además en tan acreditado establecimiento, el *Aceite de la Sociedad de Violet* y el *Elixir de Dethen*, del doctor Pierre, con los cuales podreis suavizar vuestro ondulante cabello.

À vosotras también me dirijo, damas ilustres, que ostentais en vuestras frentes la angusta diadema de las madres de familia. Si secretos pesares, ó la devastadora huella de los años, han sembrado de hebras de plata vuestra hermosa cabellera, y queréis devolverle su color primitivo, para que la ilusión de vuestro esposo querido no se desvanezca, y siga admirándoos como en los primeros días de vuestro venturoso matrimonio, teñidla con el *Negro azabache*, con el *Castaño de los Pirineos*, ó con el *Rubio de oro*; y pareceréis siempre jóvenes, siempre hermosas; y si deseais que vuestro tocado sea más encantador, prended vuestra tentadora mantilla, ó vuestro velo, con una espada de concha, una *Aguja Imperial*, ó una flor de forma elegante, que podreis adquirir en el Establecimiento que nos ocupa.

Para vuestro tocador, os aconsejo el *Agua de Laurel*, símbolo de la gloria, que borra las pecas y toda mancha que aparece en la piel; y si queréis tener mejor surtido comprad también la *Piver*.

Podrán figurar además entre los objetos de vuestro aseo y embellecimiento, los *Polvos superfinos de arroz*, los de *Violeta de los Alpes*, y la *Veloutine* blanca y rosa.

En tan renombrada perfumería se peina con toda perfección, y á la última moda, bajo la dirección de la señora de la casa, que tiene tanto arte en sus manos como dulzura en su conversacion.

Se mandan también peinadoras á domicilio, enseñadas por la referida señora.

Se venden toda clase de útiles de cabello para los peinados; y los señores peluqueros que lo deseen podrán visitar el establecimiento. Allí encontrarán centros para pelucas de todas formas y clases, recién llegadas del extranjero, así como lencerías de marfil, búfalo y concha, batidores y cepillos de todos tamaños y de la clase que se deseen.

Las señoras y caballeros de provincias que quieran objetos de los que se venden en la casa, podrán expresarlo en carta, y bajo la dirección que indiquen se les enviará con celo y prontitud, y todo á precios muy módicos.

EMILIA.

Se ha publicado el segundo cuaderno del *Diccionario Doméstico*, tesoro de las familias ó repertorio universal de conocimientos útiles, que ya hemos anunciado y que se halla de venta en la librería extranjera y nacional de D. C. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías del Reino. En la misma librería hay un gran surtido de toda clase de obras nacionales y extranjeras; se admiten suscripciones á todos los periódicos, y se encarga de traer del extranjero todo cuanto se le encomiende en el ramo de librería.

**

La excelente revista titulada *La Ilustración Popular Económica*, que ve la luz hace tiempo en Valencia, dirigida con grande acierto por el distinguido y fecundo escritor D. Salvador María de Fábregues, crece cada día en importancia y goza de mayor favor entre las personas inteligentes y amantes de las letras, tanto por su excesiva baratura, como por lo selecto de las obras que publica. Las personas que deseen adquirir una biblioteca moral y escogida á poco precio, deben suscribirse á esta interesante revista.

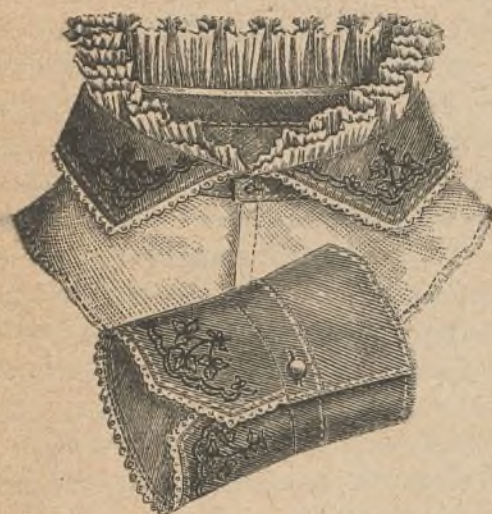
**

La casa editorial de D. Andrés Vidal, hijo, acaba de publicar un álbum, poesía de D. Antonio Arnao, música de D. A. de la Cruz. Contiene siete piezas con los títulos: *Canto de Safo*, *Las hadas*, *Partir para siempre*, *Serenata*, *Yo te amaré*, *Consuelo é invocación nocturna*; y una canción andaluza *La cantinera del Dauro*, con letra del popular vate D. Antonio F. Gribo y música del mismo autor Sr. Cruz. Escritas con la propiedad y corrección que tanto distinguen á este compositor español, y adaptadas á las diversas texturas de tiple, medio tiple, contralto, tenor, barítono y bajo, no dudamos en recomendarlas á los amantes del divino arte, y sobre todo á los cantantes de salón que cultivan este género con el aplauso de los verdaderos inteligentes.

SECRETOS ÚTILES.

PARA QUITAR MANCHAS SOBRE PAÑO.

Una amable suscritora nos pregunta el modo de quitar las manchas sobre el paño de color. Nos aseguran, que lo mejor es tomar una yema de huevo, que sea muy fresco, media libra de miel y el grueso de una nuez



26 y 27. Cuello y puño de color, con bordado á cadeneta.

desal de amoniaco, se mezcla todo bien, se aplica la cantidad necesaria sobre la mancha, se deja algunos minutos, y se lava después con agua fresca.

MODO DE SACAR LUSTRE AL PLANCHADO.

Preparado el almidon con un poco de borraj, se le añade jabon desleído ó hecho espuma. Almidónense y pláncense los cuellos y los puños. Planchados que estén, se humedece un trapito y se jabona, pasándolo por encima de los cuellos, puños y las puntas que deben ir vueltas, y con un molde grande de hacer flores ú otro de los que sirven para planchar gorras, un poco caliente, se frota bien la parte jabonada, hasta que saque lustre. Para esta última operación se debe colocar la pieza que se frota sobre mármol ú otro objeto duro.

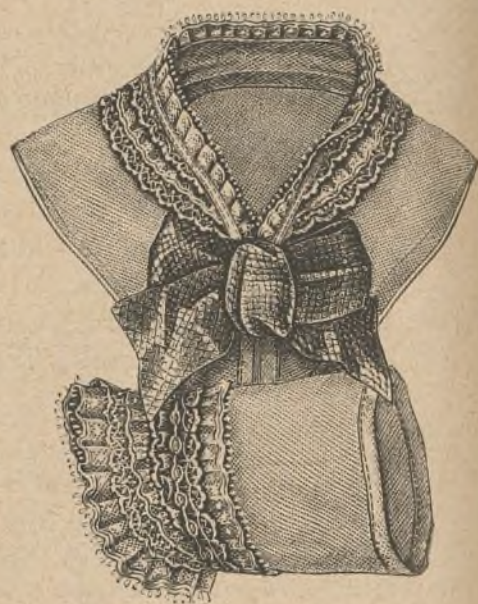
VINO DE NARANJAS.

Algunas personas que concogen y aprecian el vino de na-

EXPLICACION

del Figurin 1218

FIG. 1.ª Traje para comida, teatro ó recepción. — Mangas y falda de faya ó sedalina rosa, con volantes encañados de gasa rosa, dispuestos con suma novedad y elegancia, y cuerpo con túnica-manto de tela brochada color castaña oscuro, sujeta en los costados con lazos azul pálido. La



28 y 29. Cuello y manga con encajes.

mismos lazos cierran el delantero y adornan la corbata, y las mangas, que llevan además tres abrazaderas de gasa brochada y terminan con un volante rosa. Mangas y gola de encaje, grupo en el peinado formado con una rosa y hojas azul pálido.

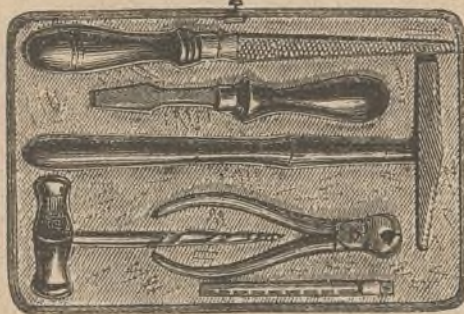
FIG. 2.ª Traje para paseo y visitas. — Vestido y abrigo de faya color tierra, adornado el primero con un volante de raso color castaña muy oscuro, en medio del cual va un volante rizado claro. La segunda falda formada ó figurada, según se quiera, con anchas bandas de raso oscuro, ribeteadas de

faya clara, y cerrando en el costado con grandes lazadas de faya. El abrigo está ricamente bordado y guarnecido con plumas color de castaña. Sombrero de fondo bullonado de faya color castaña, con pluma clara, bridas de encaje negro y grupo de flores bajo el borde del costado derecho.

30. Lambrequin bordado en colores.



31. Caja para herramientas. Pintura en madera. (Véase el núm. 32.) Contorno de los arabescos: pliego del 18, por el revés, fig. 75.)



32. Interior de la caja núm 31.

ranjas fabricado por un inteligente cultivador de Canarias, el Sr. Leon Castillo, ha rogado que se averiguara el procedimiento para la elaboración de dicho vino, que el indicado Sr. Leon y Castillo ha tenido la bondad de facilitar.

Hácese primero jarabe con cuarenta libras de azúcar y doce cuartillos de agua. Por separado, un cocimiento de cortezas blancas y esponjosas de naranjas en que entren cuarenta de estas con doce cuartillos de agua; extráese, por último, zumo de naranjas hasta obtener doce cuartillos.

Hechas cada una de estas cosas, se une toda la mezcla, y agitándola en vasija de vidrio ó madera, se deja por seis semanas en fermentación, á la temperatura de 14 grados Reaumur, quedando el tapon algo flojo para que salga la espuma. Concluida la fermentación, se tapa bien por tres meses, al cabo de los cuales se embotella y guarda.



34. Delanteros de la manteleta núm. 33. (Patron y explicacion: pliego del 18, por el revés, núm. IX, figs. 39 á 40a.)

33. Manteleta-dolman. (Véase el núm. 34.) (Patron y explicacion: pliego del 18, por el revés, núm. IX, figs. 39 á 40a.)

Las Sras. Suscritoras á la 1.ª Edicion, recibiran con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada C.ª, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.